

FRAGMENTOS MISTRALIANOS

En conmemoración de los 80 años de la entrega del Premio Nobel de Literatura a Gabriela Mistral (1945-2025)

Entrevista a: María Gabriela Huidobro Salazar, Doctora en Historia, miembro del Claustro de los Doctorados y Magíster en Historia de la Universidad Andrés Bello. Decana de Posgrado y Educación en la Universidad de Monterrey, México.

*“Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clases.
Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.”
Gabriela Mistral*

Por Jorge Benítez González¹

JB: Este año se conmemoran los 80 años de la entrega del Premio Nobel de Literatura a Gabriela Mistral, la primera mujer de Nuestra América en recibirlo. Conversamos con la profesora María Gabriela Huidobro, quien además de su trayectoria docente en la Universidad Andrés Bello, ha investigado ampliamente el rol de la mujer en la historia de Chile y ha dedicado parte importante de su trabajo a la figura de Gabriela Mistral. Es autora, entre otras publicaciones, del libro *Mujeres en la historia de Chile*.

Mientras realizamos esta entrevista, en julio de 2025, la profesora Huidobro me comenta que se traslada a México a un nuevo desafío, aunque seguirá vinculada a la Universidad Andrés Bello...

¹ Historiador, Magíster en Historia y Ciencias Sociales. Docente de la Escuela de Terapia Ocupacional, Universidad Andrés Bello. Investigador Asociado del Núcleo Igualdad y Derechos Humanos, Universidad Austral de Valdivia, Miembro del Comité Ejecutivo de la Red de Educación de Derechos Humanos Correo: j.benitez1@uandresbello.edu, <https://orcid.org/0009-0004-4696-9519>

MGH: Exactamente. Continuaré ligada a la Universidad Andrés Bello como parte del claustro de los doctorados y del magíster en historia, y asumiré un cargo como decana en la Universidad de Monterrey. Así como Gabriela Mistral partió a México, pensé: si ella pudo, yo también puedo. Me voy a México acompañada de Gabriela, siguiendo sus pasos.

JB: Este año también se cumplen 103 años desde que la maestra del Valle de Elqui inicia su autoexilio rumbo a México, ¿correcto?

MGH: Así es, aunque antes hizo una breve escala en Cuba. Luego viajó a México invitada por José Vasconcelos y Alfonso Reyes para colaborar en el proceso revolucionario y en la reforma educativa.

JB: En Cuba estuvo apenas cuatro días, pero fue homenajeada con un té literario en el Hotel Inglaterra de La Habana, donde la definieron como la autora de una “palabra nueva que ha roto moldes y trabas”. ¿Cómo comprendes esa “palabra nueva” en su obra?

MGH: Mistral tiene la particularidad de que su escritura —tanto poesía como prosa— posee un lirismo que le permite abordar temas desde perspectivas originales y profundamente personales. Esa escritura sigue interpelando a la sociedad actual en cuestiones que continúan siendo desafíos de nuestro tiempo.

JB: Uno de esos temas es el feminismo. ¿Cómo lees hoy el pensamiento de Gabriela Mistral al respecto?

MGH: Es un tema fundamental para volver a leerla. Muchas veces ha sido malinterpretada, simplificada o manipulada. Su pensamiento es más complejo y ofrece claves valiosas para discutir el feminismo en Chile.

JB: En una ocasión le preguntaron directamente si era feminista, y respondió que no. ¿Cómo interpretas esa afirmación?

MGH: No significa que no compartiera la convicción de que era necesario reivindicar la dignidad y los derechos de las mujeres. Su crítica era hacia ciertas formas del feminismo de su época, que consideraba excesivamente ideologizadas, emocionales y elitistas. Creía que podían resultar contraproducentes.

Además, consideraba que existían prioridades urgentes para las mujeres —como la seguridad social— que debían resolverse antes de la lucha por el voto o la representación parlamentaria.

JB: También hablaba de un feminismo de élite que no representaba a las mujeres obreras ni campesinas.

MGH: Exacto. Aun cuando existían feminismos obreros —como el de Teresa Flores o Carmela Jeria—, Mistral veía que los distintos grupos no dialogaban entre sí. Las feministas de élite tenían su propia agenda, centrada sobre todo en lo político, y las obreras tenían otra. Ella percibía una falta de encuentro, de verdadera sororidad. Y recordaba que cuando expresó críticas, en lugar de escucharlas, fue atacada. Por eso se preguntaba cómo construir un movimiento si no se admite una voz disidente. De ahí esa hermosa frase: “Como santa ronda nacional de mujeres seríamos, si la mano prieta cogiera la mano pálida.”

JB: Junto a esas críticas, también manifestó preocupación por la educación de las mujeres. ¿Qué lugar ocupa ese tema en su pensamiento?

MGH: Es central. Para Mistral, la educación era la herramienta fundamental para que las mujeres pudieran ser dueñas de sí mismas. Su primer texto en prosa sobre mujeres, *La Instrucción de la Mujer*, se publicó el 8 de marzo de 1908 —antes de que esa fecha fuera establecida como Día Internacional de la Mujer— y allí sostiene que no existe mejor regalo para una mujer que la educación, porque le entrega herramientas para su autonomía.

JB: También hacía distinciones según la clase social.

MGH: Sí. Criticaba que las mujeres de élite sin educación se transformaran en un adorno social, dependiente del marido o del lujo. En cambio, las mujeres de clase media o trabajadoras necesitaban educación para poder sostener su hogar, muchas veces siendo madres solteras o jefas de familia. Por eso creó escuelas nocturnas obreras en Punta Arenas y Temuco: para entregarles herramientas concretas.

JB: En una ocasión dijo que la mujer debía interesarse más por la ciencia que por las joyas...

MGH: Ese comentario resume bien su postura: la educación intelectual fortalece incluso la fe religiosa. Distinguía entre tener fe y carecer de herramientas de pensamiento. Su defensa de la formación científica y filosófica para las mujeres era muy clara.

JB: Aunque defendía la educación, sostenía que la mujer no podía renegar de su papel de madre. ¿Cómo entender esa postura hoy?

MGH: Para Mistral, la maternidad era un sello profundo de la identidad femenina, no solo biológico sino espiritual y simbólico. Desde esa convicción sugería que las mujeres encauzaran sus profesiones hacia ámbitos donde ese talento maternal tuviera valor social.

Es una postura que hoy genera debate, pero que obliga a reflexionar sobre igualdad, diferencia y reconocimiento de talentos individuales.

JB: ¿Entendía esa diferencia con los hombres como una limitación?

MGH: No. La veía como una fortaleza. Creía que la sociedad desperdiciaba talentos femeninos al intentar homogeneizarlos con los masculinos. Sostenía que debíamos valorar las capacidades individuales más allá de etiquetas rígidas.

JB: En esos mismos años surgen figuras como Simone de Beauvoir...

MGH: Así es. Beauvoir impulsa el concepto de género como construcción cultural, desplazando la noción de diferencia sexual. Mistral no adhiere a esa mirada: para ella la diferencia sexual tenía un sentido profundo.

JB: En tu libro *Mujeres en la historia de Chile* abordan la relación entre Gabriela Mistral y Doris Dana. ¿Cómo lees esa dimensión íntima?

MGH: Creo que etiquetarla es reduccionista. Su vida afectiva fue profunda y compleja. Tuvo vínculos íntimos con mujeres —Doris Dana, Laura Rodig, Palma Guillén— pero también con Romelio Ureta. Ella misma consideraba ofensivo que la llamaran “lesbiana”.

Su relación con Dana parece más bien la de un alma gemela. Puede haber tenido componentes sexuales, pero su lazo trasciende esa categoría. La etiqueta limita más de lo que explica.

JB: En tu capítulo “Gabriela Mistral: mujer sin pañuelo” cuestionas ciertas representaciones contemporáneas.

MGH: Sí. Hay prejuicios muy extendidos. Algunas personas dicen que no la leen porque “es feminista”, cuando rechazó expresamente esa etiqueta. O no la leen porque “era lesbiana”. Y también se la ha usado como símbolo de causas actuales, como el pañuelo verde, lo que es anacrónico.

No se trata de estar a favor o en contra de esas causas, sino de respetar quién fue ella. Representarla con símbolos que no le corresponden demuestra que quienes lo hacen no la han leído.

JB: Elizabeth Horan, una de sus biógrafas, estuvo recientemente en Chile. Ella afirma que Gabriela Mistral escribía “en código”, especialmente respecto de su orientación sexual.

MGH: Horan adopta una posición clara al interpretar a Mistral como una mujer de orientación lésbica en sus últimos años. Se puede establecer un paralelo literario con Safo de Lesbos, lo cual es sugerente.

Pero otros estudiosos, como Jaime Quezada, evitan afirmarlo. Creo que cuando se habla de “códigos” se reconoce que Mistral buscaba comprenderse desde sus propios términos, no desde los que le imponía la sociedad. Lo mismo vale para su relación con el feminismo: podría leerse como feminista, pero desde sus propias claves.

JB: Horan también señala que Mistral fue autodidacta y que eso le permitió no recibir influencias externas. ¿Estás de acuerdo?

MGH: Es una de las características más fascinantes de su vida. Aunque las circunstancias que la llevaron a ser autodidacta fueron dolorosas, esa condición la volvió una figura única y muy libre intelectualmente.

JB: Pero ¿eso la llevó también a desconfiar de la educación formal? A veces parece una contradicción: critica el sistema, pero defiende la instrucción de las mujeres.

MGH: Ella fue crítica de las condiciones del sistema educativo de la época, no de la educación en sí. Intentó integrarse a él, pero fue marginada: la expulsaron de su colegio acusándola de robo, luego fue rechazada en la Escuela Normal de La Serena por “deísta”.

Validó su formación pedagógica a través de un examen extraordinario en 1910 gracias a Brígida Walker. Pero sintió siempre la desconfianza del gremio docente hacia quienes no venían de la Escuela Normal.

JB: A diferencia de Amanda Labarca, por ejemplo.

MGH: Sí. Mistral veía en Amanda Labarca —formada en la universidad, con estudios en Estados Unidos y Francia— la encarnación del sistema que la había rechazado. Hubo tensiones entre ellas.

Pero más allá de lo personal, su crítica apuntaba a la excesiva teorización de la formación docente y a la falta de conexión con la realidad escolar. Decía que los jóvenes salían llenos de teoría, pero cuando enfrentaban la escuela rural “el vino dulce se torna vinagre”.

JB: ¿Ves un paralelo con la formación docente actual?

MGH: Sí. Hoy muchos egresados abandonan la docencia en los primeros años. Hay una brecha entre lo que aprenden y lo que encuentran en el aula. Mistral atribuía ese problema a una sobrerregulación estatal que asfixiaba al profesor, algo que hoy sigue vigente.

JB: Mistral hablaba de un “cuerpo cultural” formado por la escuela y la biblioteca. Hoy los estudiantes concurren poco a las bibliotecas. ¿Qué está fallando?

MGH: No hemos logrado hacer de la biblioteca un espacio atractivo. A veces entregamos libros o computadores sin enseñar a usarlos o integrarlos en procesos reales.

Para Mistral la biblioteca era una fiesta. Cuando fue marginada del sistema escolar, Bernardo Ossandón le abrió su biblioteca, y ella dice que allí “descubrió una fiesta”, porque era un lugar donde encontraba mundos y amistades nuevas en los autores. Esa visión es hermosa y vigente.

JB: Ella decía que la lectura cotidiana debía ser tan natural como lavarse las manos...

MGH: Sí. Sugería lecturas a sus exalumnas, explicaba por qué elegir unas y evitar otras. Buscaba conectar la lectura con los intereses reales de las personas.

Hoy, al imponer lecturas obligatorias o programas rígidos, marginamos el libro de la vida cotidiana. Necesitamos reconstruir una relación natural y amable con los libros, especialmente para niños y jóvenes.

JB: Gabriela Mistral vivió en un mundo convulso, marcado por guerras y totalitarismos. ¿Tenía una postura política definida?

MGH: Era crítica de todos los totalitarismos. Se desilusionó del comunismo soviético y fue crítica de Franco y de Mussolini, quien incluso le negó la entrada a Italia.

Atribuía muchos males de la política al poder masculino y sostenía que las mujeres debían organizarse para construir paz en un mundo herido.

JB: En ese contexto, ¿reivindicó el humanismo?

MGH: Sí. A menudo llamaba a volver a los clásicos grecolatinos como fundamento del espíritu humanista. No para imitarlos, sino para apropiarnos de sus principios, como hizo Andrés Bello.

Era profundamente americanista, pero reconocía también la herencia europea. Valoraba la mezcla cultural como parte de la identidad latinoamericana.

JB: Esa visión dialoga con el concepto de hibridación cultural de García Canclini...

MGH: Exacto. Para Mistral no era necesario elegir entre una herencia y otra. Ella misma se sabía mestiza: de ascendencia diaguita por parte de su padre y española por parte de su madre.

JB: En nuestras carreras —como Terapia Ocupacional— donde confluyen salud y humanidades, su mirada humanista resulta muy pertinente.

MGH: Absolutamente. Mistral nunca pensó la educación como instrucción técnica, sino como formación humana. Decía que los profesores estaban llamados a ser “rectores de almas”.

Esa idea puede trasladarse perfectamente a la universidad: formamos personas, no solo profesionales. La técnica sin el componente ético y humano se deshumaniza.

JB: Volodia Teitelboim en su libro Gabriela Mistral: pública y secreta, describe a Gabriela Mistral como una “mujer rebelde, no una descontenta simplista, sino una figura compleja”. ¿Qué te parece esa apreciación?

MGH: La comparto. Fue una mujer muchas veces contrariada, pero fiel a su autenticidad. Se atrevía a cambiar de opinión cuando descubría que estaba equivocada.

Es una figura muy comprometida con las causas que consideraba justas. Además, poseía un lado alegre que suele desconocerse. Periodistas que la entrevistaron destacaban su amabilidad y sentido del humor. Le molestaba que las fotografías siempre la mostraran seria: decía que la retrataban como una “solterona amargada” cuando ella era lo contrario.

JB: Para cerrar: ¿qué mensaje deja Gabriela Mistral a las nuevas generaciones?

MGH: Que entendamos la lectura como diálogo. Vale la pena sentarse a conversar con Mistral, incluso si no se está de acuerdo con ella. Su prosa es luminosa, clara y profunda.

La mejor forma de valorarla es leerla más y leerla mejor, para que no se convierta solo en un ícono vacío, sino en una voz viva que sigue hablando al presente.